

ESTUDIOS DE COSTUMBRES.



Las orillas del Missouri. — Daniel y Davidson sorprendidos por los indios.

LA CAZA DEL HOMBRE.

ESCENA DE LA VIDA DE LOS INDIOS.

I.

LOS CAZADORES DE PIELES.

Cuantas veces al hablar de la América se trata de la ferocidad de los indios, me recuerdan algunos rasgos de crueldad por su parte aun con las gentes que están en mejores relaciones con ellos. Su odio se ceba particularmente y con atrocidad contra los traficantes blancos de lo alto de los ríos que se dedican al comercio de las pieles. Este hecho se reproduce sin cesar y notablemente en los alrededores de San Luis, donde se halla el mercado general para los cambios y transacciones.

San Luis es el centro del gran comercio de pieles de los Estados Unidos. Los indios las llevan allí y las cambian

SEGUNDA SERIE.—1836.

por diferentes objetos, sobre todo, por los licores, que aprecian mucho y por tabaco, etc. etc. Siendo las pieles el manantial de su riqueza, los indios han organizado una especie de sistema de aduanas y de vigilancia contra las *caras blancas* que quieren cazar los animales, y por consecuencia proveerse directamente de la mercancía. Consiste este sistema en matar desapiadadamente á los audaces que atacan los privilegios de que las *pieles rojas* se consideran los únicos y soberanos dueños.

Por muchos que sean los riesgos que se corran en esta peligrosa empresa hay un número bastante crecido de atrevidos cazadores que intentan la aventura.

En este caso se hallaban dos amigos, Daniel y Davidson, que hacia ocho días se habían instalado en las orillas del río Ransas, una de las numerosas corrientes de agua que vienen á desembocar en el Missouri, después de haber bañado todo el territorio indio que se encuentra al Oeste del estado de Missouri.

Bajaban una mañana pacíficamente por el río en una piragua para ir á levantar las redes que habían tendido la víspera. El río iba encajonado en el sitio en donde se hallaba por grandes rocas escarpadas y árboles gigantes

AÑO XIV. 28.

que podían ocultar un ejército indio sin que fuese permitido descubrirlo á ojo humano. Se necesitaba tener un oído tan ejercitado como los tenían aquellos dos intrépidos cazadores para distinguir entre los diversos ruidos y rumores que agitaban las dos orillas el paso de los hombres ó de los animales. Hacia tres cuartos de hora que subían la corriente del río sin haber oído nada que los alarmase, y estaban bastante próximos al término de su viaje para lisonjearse de haber escapado de la vigilancia de los indios, cuando Daniel parando su remo se inclinó fuera de la piragua y escuchó con atención.

—He oído pasos y he visto agitarse las yerbas, dijo, y estoy seguro que ese ruido que te alarma será algún búfalo que vendrá á ponerse á tiro del cañón de nuestras escopetas.

Y al decir esto, Davidson cogió su escopeta del fondo de la lancha y la hizo dar vueltas en su mano.

—Son indios te digo, replicó Daniel remando con fuerza hacia el medio del río.

En aquel instante mismo oyeron gritos espantosos en la dirección que había indicado Daniel, y unos cuarenta indios salieron de entre las ramas de los árboles con el arco tendido y la flecha apuntada sobre los dos cazadores.

—Si echamos pie á tierra nos van á asesinar, dijo Davidson, y á fé mía entre estos dos géneros de muerte.....

—Son los black-geet que probablemente vuelven de San Luis, replicó Davidson; yo hablo su lengua, les haré entrar en razón, es la única probabilidad que nos resta. Mientras los dos desgraciados se decían estas palabras los indios les hacían señas de que abordasen hacia ellos, y, apesar de los consejos de Davidson, Daniel persistía en huir. Silbó una flecha en su oído y otra vino á meterse en su espalda. Daniel dió un grito y cayó en el fondo de la lancha. Davidson cogió entonces los remos y dirigió la embarcación hacia tierra.

II.

EL CAMPO DE LOS INDIOS.

Apoderáronse de él inmediatamente los indios y le amarraron los brazos y las piernas, á pesar de las protestas de buena amistad que les prodigaba. En cuanto al desgraciado Daniel cuyo cuerpo yacía ensangrentado en el fondo de la lancha le cogieron y le lanzaron en el río, donde no tardó en encontrar la muerte después de algunos esfuerzos inútiles é imposibles que hizo para llegar á la orilla. Dos indios cargaron sobre sus hombros á Davidson y lo transportaron á doscientos ó trescientos pasos en el interior del bosque, en que se hallaba acampada alrededor de una llanura la tribu india. Davidson familiarizado con las costumbres de los *pieles rojas* concibió alguna esperanza al ver que el jefe de la tribu le había recibido bien y no le había mandado cortar la cabeza inmediatamente sin mas forma de proceso. El jefe después de haberse revestido sus atavíos de ceremonia, acompañado de algunos guerreros, reunió una especie de consejo en el que acostumbraban á decidir pronta y espeditamente los negocios. El pobre cazador comprendió bien que el primer punto que se trataría en el consejo era su destino y se hallaba inquieto por saber el género de suplicio

que le impondrían. El jefe de los indios llamado Stu-Micks-o-sucks, dejó hablar á todos, y después se adelantó hacia Davidson y le desató las cuerdas con que le tenían amarrado.

—Tu vida está en mi poder, le dijo, sin embargo, como has obedecido las órdenes que te hemos dado viniendo á la orilla cuando te lo mandamos, quiero darte una probabilidad de vida.

—Muchas gracias, dijo Davidson, el *Grande Espíritu*, os lo pague.

—Segun el uso de la tribu, continuó el jefe, serás propuesto á la adopción de una familia, si alguna te quiere, o si alguna de nuestras mugeres consiente en tomarte por marido vivirás, si no.....

—Sí, replicó Davidson.

—Aquí, continuó Stu-Micks-o-sucks, no estamos mas que un cierto número de la tribu: estando en la población se hará la prueba, y ahora vas á seguirnos.

—Os seguiré, dijo el cazador encantado de verse libre y con la vida salva á tan poca costa, confiando en el porvenir.

Una hora después los indios que componían la pequeña tropa se habían puesto en marcha. Perros, caballos y mugeres, cada cual llevaba su carga; los hombres no llevaban ninguna mas que sus armas. Habían tenido cuidado de colocar á Davidson en medio de la tropa, y habían cargado de tal modo sus espaldas que le hubiera sido imposible tomar la fuga. Por la noche le amarraban de pies y manos para dormir.

La pequeña caravana marchó así medio día, ya metiéndose por las llanuras, ya costeano las orillas del Misouri yendo á pasar por una altura que llamaban el *Sepulcro del pájaro negro*.

Todos los viajeros, blancos ó pieles rojas, no dejan de hacer allí una estación, los unos para gozar de un magnífico espectáculo con que la vista se recrea en todas direcciones, y los otros para pagar su tributo de respeto á los restos del gran mortal que allí reposa.

Sobre la cumbre de aquella colina se halla enterrado, en efecto, un jefe famoso de los o-ma-haws, llamado el *Pájaro negro*, y que ha dado su nombre al lugar de su sepultura. Su sepulcro, que aun existe, ha sido levantado hace mas de treinta años. Fué enterrado allí á su petición. Este sepulcro se divisa á una distancia de quince millas, pudiendo servir de faro á los viajeros.

III.

LA TEMPESTAD DE FUEGO.

Viajaba la caravana hacia mas de una hora á través de una de aquellas praderas cuyas yerbas son tan altas que pasan con mucho la cabeza de un hombre, aun montado sobre un caballo. El jefe de los indios bajó del suyo, aplicó su oído á la tierra, y después se levantó diciendo.

—El ruido de los cascos de nuestros caballos ha despertado al espíritu del fuego.

Todas las miradas de la caravana, irritadas y alarmadas á la vez, se volvieron hacia Davidson, y uno de los guerreros llevando la mano á su hacha le gritó con voz amenazadora:

—¡Miserable cara pálida! tú eres el que has despertado el Espíritu....

—Detente, exclamó el gefe, tiempo tendremos de hacerle sufrir el castigo si nos alcanza el fuego; pero el espíritu del bravo espero que nos protegerá.

Al mismo tiempo un ruido parecido al de una catarata se oyó á lo lejos aproximándose poco á poco. El viento aumentaba siempre, los pájaros volaban asustados sobre las cabezas de los viajeros, y las cabras silvestres aterradas atravesaban el camino con toda la celeridad de sus piernas. Bien pronto, en medio de la profunda oscuridad, Davidson divisó dirigirse hacia él olas de fuego, y encima una inmensa nube de humo negro que se extendía de una estremidad á otra de la llanura rodando magestuosamente lavada sobre un torrente de fuego líquido.

Por la primera vez pudo Davidson contemplar aquel aterrador é imponente espectáculo que se llama un incendio de las llanuras, y que tan brillantemente ha descrito la pluma de Fenimore Cooper.

Estos sucesos tienen causas diferentes: provienen ó de los blancos ó de los indios, ó de un accidente casual. Cuando son voluntariamente por parte de los indios, se verifica ordinariamente al principio de la primavera con el doble objeto de procurar á los caballos pastos frescos y abrirse un camino mas cómodo que los que hay entre aquella naturaleza virgen y salvaje.

La llama, impelida por el viento, barre aquellas praderas con una rapidez tan grande que alcanza algunas veces á los indios huyendo sobre sus mas vigorosos corceles: no porque realmente la llama tenga mas celeridad que el caballo á galope, sino porque este se ve impedido y detenido en su carrera por lo alto y espeso de las yerbas. Si desgraciadamente es sorprendido en el camino por la espesa columna de humo que precede siempre al fuego, el caballo, asustado, se para de repente y pronto se halla envuelto por las llamas que en derredor suyo encienden mil nuevos braseros. Despues de haber visto estos formidables incendios, preguntad al indio si es el Grande Espíritu el que ha lanzado contra él esta tempestad de fuego, preguntadle lo que produce estos incendios, é inquieto responderá que es un misterio.

Este misterio ó este genio especial está representado en el espíritu del indio por un gigante fantástico llevando un formidable arco que coloca al través del camino, y del cual hace saltar millares de chispas que comunican el fuego.

IV.

LLAMADA Á LA LLUVIA.

Libre de aquella prueba la caravana de los black-*feet*, se puso en camino, despues de un largo y penoso viage; Davidson hizo su entrada en la capital de sus epemigos.

A su llegada á la capital tuvo Davidson que asistir á una ceremonia bastante curiosa, y cuyo desenlace estuvo á punto de costarle la vida.

Hacia tiempo que se padecía una gran sequia en el pais que amenazaba destruir toda las mieses de maiz y de trigo. Los doctores se habian reunido en consejo, decidieron era preciso hacer caer la lluvia. Todos los que aspiraban al ti-

tulo elevado é importante de doctor tuvieron mision de ensayar su influencia. La ceremonia se hacia de este modo: Cada uno de los aspirantes subia á su vez sobre lo alto de un wigwano (una especie de tienda) llamaba con el gesto, con la voz, con las oraciones, con amenazas, por el medio que le daba la gana, á las nubes que debian hacer caer el agua bienhechora. Tenia veinte y cuatro horas: si su intervencion no producía efecto quedaba desacreditado. Otro le seguía y así sucesivamente hasta que llovía por último.

La entrada del gefe y Davidson interrumpió por un momento la ceremonia á la que los indios se dedicaban con toda conciencia. Trataban antes de todo de decidir de la suerte del prisionero. Davidson era un buen mozo, bien formado, bien plantado, pecho ancho y espaldas fornidas; hubiera sido un marido seductor para una muger civilizada. No era posible que dejase de encontrar el ser admitido por la primera jóven salvaje á quien fuese presentado. Es preciso decir en honor del gusto de Davidson que se vió embarazado para la eleccion. Se fijó, por último, sobre una jóven llamada Ra-tis-va-na (doncella cuyos cabellos ha acariciado el sol).

El prisionero, sin perjuicio de las reservas que hacia para el porvenir, aceptó la nueva condicion que se le ofrecia. Sin embargo, no le prometieron la libertad sino el dia en que se celebrasen sus bodas, que se demoraron hasta las lluvias. En su consecuencia le ataron á un poste, como se atan las cabras para dejarlas pacer, cerca de la tienda del gefe.

Habian varios invocando en vano la lluvia, cuando uno de ellos, llamado Wak-A-Da-Ha-Hu (crin de búfalo blanco) trató de hacer venir la lluvia. Pronunció votos diversos, lanzó varias flechas al cielo, y de pronto se vieron formarse nubes, resonó el trueno, y la multitud dió grandes palmadas y aplausos. Pero la ilusion se desvaneció pronto. Aquel nublado no era mas que el rastro de humo de un vapor que bajaba por un rio vecino, y lo que se habia tomado por el trueno y tempestad era el ruido de las máquinas que pasaban á lo lejos. Mas en la misma noche, efecto de la casualidad, cayó una lluvia abundante; empero esta lluvia fué desgraciadamente acompañada de una tronada horrible, y un rayo mató á la jóven que debia desposarse con Davidson. Echaron la culpa de este accidente á Wak-A-Da-Ha-Hu, y ya se preparaba á espiar su pretendido crimen, pagando al padre de la jóven tres magníficos caballos á titulo de daños y perjuicios, cuando pareció mas conveniente hacer recaer la culpa sobre Davidson.

Entonces un grito de maldicion se escapó de todas las bocas; Davidson palideció; habia comprendido que no tenia que esperar compasion de nadie, ni aun del mismo gefe, que volvió á reunir otra vez su consejo para deliberar con que género de suplicio debia matarse al prisionero blanco. Las mismas mugeres que en el momento en que habia estado en posicion de elegir una novia entre ellas le habian manifestado los mas amables y graciosos rostros, huían de él ahora. El hombre cuya eleccion atraía la muerte á la elegida, era para ellas un monstruo abominable, indigno de piedad y digno de exterminio. Tales eran las creencias que les habia inspirado el indio que habia con sus oraciones atraído la lluvia.

Davidson tendido en tierra, asistía á la deliberacion del

consejo. Los unos encontraban lo mas breve aplastarle la cabeza con una maza; otros proponían colocarle á una cierta distancia como blanco para ejercitar en él su destreza. Esta última diversion frecuente para los indios, habia sido aprobada por unanimidad.

Pero el gefe que hacia un momento parecia reflexionar, se aproximó á Davidson, sin decir una palabra, cortó las cuerdas con que le tenían sujeto, y le dijo:

—Levántate.

Obedeció Davidson. El gefe entonces examinó todo su cuerpo con un escrupuloso cuidado: le palpó los músculos de sus piernas y sus tendones, en una palabra, se entregó con él á un verdadero curso de anatomía. Cuando hubo terminado, movió la cabeza en señal de satisfaccion y se sonrió.

—Tú debes ser un buen corredor, dijo á Davidson.

Adivinó éste el pensamiento del gefe. Se hallaba bastante enterado de las costumbres de los indios para haber comprendido que se trataba sencillamente de lanzarle á la carrera, como en Europa se lanza un ciervo ó un gamo, y que estaba destinado á proporcionar un rato de placer con una cacería de un hombre.

Davidson tenía demasiada sangre fria y además la inteligencia que da una posición extrema como la en que se hallaba. No tardó un segundo en contestar á la pregunta del gefe, diciéndole:

—Te engañas, corro muy mal.

—Pues sin embargo, eres fuerte, respondió el otro, tienes los tendones desarrollados, ancho pecho y buena respiración.

—Es posible, replicó Davidson, pero esto, añadió mostrando un agujero de bala que tenía en la pantorrilla izquierda, esto me ha quitado hace mucho tiempo toda esa ventaja que antes tenía.

—¡Sí! dijo el gefe, entonces te daremos delantera. Si llegas á escaparte mejor para tí.

V.

LA CAZA DEL HOMBRE.

Cogiendo á Davidson por las espaldas le llevó á quinientos pasos mas adelante, lejos del grupo de los indios: en cuanto se sintió libre Davidson, tomó carrera con toda la celeridad que podia darle el deseo de poner sus dias en salvo. Al espantoso aullido que dió aquella trahilla de salvajes, no dudó que se habian lanzado tras él.

Volaba Davidson mas que corría; él mismo se hallaba asombrado de su vigor. Había una legua de llanura que atravesar antes de llegar al punto en que forma una horquilla el Missouri, esperaba poderlo atravesar á nado y poner así entre él y sus enemigos un obstáculo que necesariamente debia de detener á un gran número de ellos; pero ¿era probable que llegase? Semejante carrera parecia superior á las fuerzas humanas. Para colmo de desgracia, la pradera estaba llena de zarzas que le destrozaban los pies: á cada instante parecia oír el crujido de un arco y sentir penetrar una flecha en sus carnes. No se atrevia á volver la cabeza por miedo de perder un segundo de la delantera que tan diestramente habia escamoteado á sus enemigos y de la que dependia su vida.

Entretanto los gritos de los indios quedaban mas distantes; concibió alguna esperanza, y despues de alguna duda se aventuró á mirar atrás. El grueso de los cazadores se hallaba á una distancia considerable. Algunos mas hábiles se hallaban desparramados á cien pasos de distancia de él; el gefe mas ágil que los demas le seguía armado con una larga pica dispuesto á tirársela.

El desgraciado Davidson sintió renacer su valor, redobló el esfuerzo y fué tan violento que saltó sangre por su boca y por sus narices. A medida que se acercaba al fin oía mas cerca de sí los pasos del gefe. Echó una segunda mirada y vió á su infatigable enemigo, ya á cincuenta pasos de él: detúvose entonces Davidson, y volvióse resueltamente, decidido á vender caramente su vida contra aquel único adversario.

Asombrado el indio por su intrépido movimiento, se detuvo tambien para enviar su pica; pero sus piernas se enredaron en unas yerbas y cayó. Davidson se lanzó inmediatamente sobre él, dió un salto atrás cual un leon y se precipitó sobre su enemigo, que no habia podido levantarse, le cogió la pica, clavó al salvaje en el suelo y volvió á coger su carrera.

No se hubiera portado mejor el jóven Horacio.

Al llegar cerca del gefe espirante, detuviéronse los indios algunos instantes para dar alrededor del cadáver aullidos de desolacion. Davidson, como se conoce bien, aprovechó este tiempo, pudo ganar un campo de algodon que formaba la orilla del rio, atravesó aquel campo y se precipitó en el agua.

Ganó á nado un pequeño islote, formado de los troncos de árboles que incesantemente arrastra la corriente y que se habian detenido en gran número, de modo que formaba una especie de rada con las ramas entrelazadas. Allí habian crecido zarzas y yerbas que formaban un refugio impenetrable á la vista humana y en él se metió el desgraciado Davidson.

Apenas habia recobrado aliento cuando oyó en la orilla á los indios dar gritos de furor, y por entre las junturas de las ramas de su abrigo vió á algunos echarse al agua y dirigirse hácia el lado del islote; pero despues de algunos minutos de vanas investigaciones, tomaron el partido de alejarse y acamparon sobre la orilla, donde pasaron el resto del dia lanzando lamentaciones alrededor del cuerpo de su gefe que algunos habian llevado en hombros.

¿Qué dia de angustia para el desgraciado Davidson? adivinemos nuestros lectores; pero su salvacion se hallaba asegurada por la energía que habia mostrado, y esto le hacia olvidar las fatigas y las heridas de su cuerpo.

Cuando llegó la noche y despues que vió que los indios habian apagado las hogueras para dormirse, salió del sitio en que se hallaba escondido, ganó á nado la mitad del rio y bajó á una distancia bastante considerable hasta que se creyó suficientemente en seguridad para atreverse á llegar á la orilla. Caminó Davidson por toda la noche con paso precipitado, á fin de huir lo mas pronto posible del lugar que habia estado á punto de serle tan fatal. A la mañana siguiente llegó estenuado de fatiga, de frio y de hambre á un campamento de cazadores, donde recibió los cuidados y auxilios que reclamaba su triste situación.



William Hild. pinxit

Imp. Michelson & L. c. de la Harpe Paris

Le Petit an

La Pama de las Montañas

Ayuntamiento de Madrid

El hecho que acabamos de contar no es nada exagerado, ni es de invencion; es uno de esos mil rasgos de las costumbres dominantes de los indios, sobre cuya suerte los filósofos hacen tantas lamentaciones y tantos discursos de sentimentalismo, como si la civilizacion no hubiese de proseguir su obra de conquista por medios infinitamente mas morales, que sus actos de barbarie que disimulan

y se atreven á llamar la defensa sagrada del suelo y de la nacionalidad.

No queremos decir, porque lo habrán comprendido nuestros lectores, que Davidson renunció desde aquel dia á la caza de pieles: fué despues encontrado en las calles de San Luis por los black-geet que le reconocieron; pero que no se atrevieron á vengar la muerte de su gefe.

ESTUDIOS MORALES.

LA DAMA DE LAS MONTAÑAS.

TIPOS PERDIDOS.

LAS TRES CASTELLANAS.

Hay tipos que se han perdido con el tiempo: no son hoy mas que objetos de estudio. Los siglos XVI, XVII y XVIII nos merecen una marcada predileccion. Como la historia está ante nuestros ojos, y hoy nos proponemos presentarla á los lectores del Museo, menos como un tribunal que como un teatro, necesitamos para juzgar estas tres épocas poner en escena algunos personajes que sean como el vivo reflejo de aquellos siglos. Nos ha ocurrido hoy esta idea al haber visitado algunos castillos antiguos que están llenos de palpitantes tradiciones.

Entre otros, hemos recorrido un castillo situado en la vertiente de Borges, y si alguno de nuestros lectores hubiese visto alguna vez una encomienda de las órdenes militares podia formar una idea exacta de él. Es un paralelógramo inmenso, flanqueado por cuatro torrecitas. Sus troneras, sus poternas, sus muros cubiertos de escudos, han desaparecido poco á poco. Poco fiel la generacion actual á la tradicion de sus abuelos ha descuidado estos edificios, y muchos de ellos los ha destinado á usos bien prosaicos y profanos. Salon hay en estos castillos donde se reunian en otro tiempo los señores mas poderosos del siglo XVI, que se ha convertido hoy en un granero. Otros, mejor conservados, han cambiado enteramente de aspecto, y en lugar de aquellas pesadas tapicerías de la edad media y de aquellos adornos serios y seculares se ven hoy cubiertos con ligeras colgaduras de seda ó con el pintado y vario papel con que á falta de pinturas se adornan hoy las habitaciones. Vamos, pues, á hablar, trazando rápidamente su retrato, de tres castellanas que habitaron sucesivamente en el salon principal del espresado castillo. ¡Cuántas cosas ha visto y cuántas confianzas ha debido oír! Para instruccion de nuestros lectores le rogamos que bajen con nosotros á este salon, hoy tan ahumado y tan descompuesto, y que estudie con nosotros el carácter de esas tres grandes damas.

YOLANDA DE ASTREL, PRIMERA CONDESA DE LOUBERSI.

Casada á los diez y seis años una vez Yolanda ha aban-

donado sus montañas para su presentacion en la corte: era en tiempo de Enrique II, y con humor independiente y altivo bien pronto se sintió incómoda en aquella corte enteramente italiana. Volvióse á su castillo y alli es donde vamos á seguirla en los hábitos y costumbres de su vida.

Apenas se acaba de tocar la oracion del alba, apenas es de dia, ya Yolanda está levantada. Viene con su hija Berta y con la señora Regina, el ama de gobierno, á asistir á la oracion: amos y criados piden de rodillas al cielo bendiga los trabajos del dia. Cada cual tiene sus tareas; los hombres á la labor, las hilanderas, las lavanderas, los mensajeros y recaderos á la ciudad ó al campo. El conde va á presidir la audiencia del alcalde. Yolanda rodeada de sus mugeres, se va á trabajar al parlatorio en una sobre-vesta bordada de plata que está haciendo para su señor y esposo. No interrumpe este trabajo sino para ir á llevar con su hija socorro á los pobres vasallos de sus dominios, y raro es el dia en que no se ocupa Berta en estos dulces ejemplos de beneficencia: empero, alabando las cualidades de nuestra castellana, demos una idea de su persona: alta, de aire imponente su andar recuerda á Diana cazadora; lleva una falda de color verde oscuro y colgada al costado su limosneta.

El castillo tiene sus dias de fiesta; entonces se muestra en todo su brillo el lujo de corte, el collar de perlas, el fino brazalete de rubies. Esta mañana misma Yolanda se ha adornado con ellas en honor de Enguerando de Argi, que habiendo sido cuatro años escudero del conde y su fiel compañero en la guerra va ahora á recibir su recompensa. ¿No veis esa comitiva que se adelanta hácia la capilla del castillo?

La capilla está adornada por el capellan con tapicería de Flandes. Colocado entre su hermano de armas y su padrino viene á arrodillarse Enguerando delante del conde, que despues del juramento de costumbre, le reviste la cota de malla, le ciñe la espada, le pone las espuelas y le dice:

—En el nombre de Dios, de San Miguel y San Jorge, te hago caballero; sé valiente y leal.

Yolanda á su vez le pone una banda con fleco de oro, y las músicas de los vasallos celebran y coronan la ceremonia.

Una cacería con halcon viene á animar aquella mañana guerrera: montados sobre los mas bellos corceles ojeros, vasallos y señores de las inmediaciones rodean á la condesa que con el halcon en la mano cabalga á traves

de los campos. ¿Con cuanto gusto sigue con la vista al pájaro en el momento en que le lanza á los aires para perseguir á la inocente paloma, ó para luchar contra el fiero milano? Después de esta divertida caza se vuelve al castillo donde acaba de ser transportado un caballero estropeado por uno de los caballos del conde: Yolanda, con sus criadas, lo olvida todo para volar á su socorro. El uso del tiempo hace que no la sea estraña el arte de curar. No solamente sabe servirse del escalpelo y curar una llaga, sino que compone el bálsamo de Fierabrás, tan celebrado en aquella época: gracias á sus cuidados, algunos dias bastarán para el restablecimiento del herido. Luego el maestro de sala, con su escudo blasonado en el pecho, abre las dos hojas del gran comedor, saluda dos veces á la condesa y anuncia que el banquete señorial está servido..... nada falta allí, ni los pasteles, ni los ricos pescados, ni el salmón, ni la anguila, ni el dorado faisán, sin contar las conservas y dulces de granada, recientemente importados de Italia por Catalina de Médicis: los vinos mas exquisitos corren á torrentes en honor del nuevo caballero, y para festejarle dignamente se ha convidado á un trovador que canta sus lindas baladas, acompañadas por Yolanda en su *teorbe*..... la campanada de las doce de la noche ha dado en el reloj del castillo y pone término al convite: los convidados van á gozar de un descanso que han comprado bien con las fatigas del dia.

DIANA DE OLBREUSE.

Ved aqui la hermosa Diana de Olbreuse que tambien ha reinado en estos sitios. El traje de Diana se diferencia mucho del de su abuela Yolanda, tanto como su vida: para esta, nada de caza de halcon, nada de caballeros que armar, nada de trovadores que recibir. Si pasa como en un destierro algunos meses en el castillo, no por eso suspira menos por la corte, objeto de sus deseos y donde están todos sus pensamientos. Ella, como Mad. Seviñe su parienta, ha bailado con el gran rey que, como inteligente, ha hecho justicia á sus ojos negros rasgados y á sus talentos: desde aquel momento nuestra castellana se ha convertido en el oráculo de Versalles, todos los corazones han volado á su encuentro, todas las puertas se la han abierto. Para formar una idea, sigámosla en el empleo de sus dias.

Viuda á los veinte y ocho años y dueña absoluta de su voluntad, nadie viege á incomodarla en nada: así se levanta al amanecer: desde las seis está lista en su carroza. ¿No tiene esta entrada en casa de Lubois, el mas trabajador de los ministros? Si, pretende, no es por ella, sino por un pariente joven, el baron de Alzac. Vegeta el desgraciado en provincia en un oscuro regimiento: quisiera para el el grado de capitán de la gendarmeria del Delfin: hombres del mas ilustre nombre solicitaban igual gracia..... Sin embargo, no sé por qué serie de ocurrencias, de chistes y de monerías, vence la elocuencia de nuestra Armida: el ruído ministro concluye por ceder y Alzac es nombrado capitán de la gendarmeria del Delfin, que por una feliz y encantadora casualidad se encuentra de guarni-

cion en Ramboillet, es decir, muy cerca de Versalles.

Las buenas acciones tienen siempre su recompensa: un amigo de la condesa, Lulli, la aguarda en su casa con un palco para la representacion de *Atis*; Benserade y Chaulieu que llegan muy oportunamente, serán de la partida.

Comen en el hote, y no hay necesidad de decir el encanto de aquella comida sin etiqueta: las ocurrencias de Lulli con una cancion del Abate es mas de lo que se necesita para poner á todo el mundo de buen humor. Parecian haber olvidado todo en la mesa, cuando Benserade les propone ir á oír á San Luis un predicador muy de moda: toda la corte estará allí. Nuestros amigos no tienen que sentir perder el tiempo, porque fácil, elegante y puro el joven Flechier ostenta en su sermón de la Gracia, aquella interesante sencillez que conmueve las almas y se pega al corazon. Chaulieu dijo á la condesa toda conmovida:

—Este abate irá muy lejos: conservad mi prediccion.

Pero por interesante que fuese el orador fué preciso retirarse. Eran las seis en el reloj de Lulli y dentro de algunos momentos comenzaba su ópera.

Semejante á todos los autores, jamás, segun él decia, creacion mas feliz habia salido de su cabeza, nunca se habia sentido mejor inspirado.

—Lo veremos, respondió friamente Benserade.

Magnífica fué aquella noche para Diana, porque además, é independientemente de su amistad con Lulli, debia oír á Rochois y Baumabiel, sus dos cantantes favoritos. Colocada en la delantera del palco, no perdió una nota de la música..... apasionado por ella, Beaumabiel parece jugar en los pasos mas difíciles: ha sabido en este papel de *Atis* aprovechar y coger todo cuanto hay de tierna y de viva emocion: la ha hecho correr al alma de los espectadores y hace aplaudir el nombre del compositor. Hubieran visto en aquel momento al auditorio entero levantarse como un hombre y volviéndose hácia el palco de Lulli gritar á la condesa:

—Abrazadle por nosotros.

Lindo voto, magnífico deseo que cumplió con mucha alegría. Lulli conmovido hasta las lágrimas, tuvo aquel triunfo por el mas hermoso de su vida.

Como en Versalles, toda noche divertida se concluye por el juego, Diana va á presentarse en el faraon de madama de Noailles: la fortuna que parece seguirla desde que se levantó por la mañana no la abandona por la noche; en menos de algunos instantes hace una considerable ganancia..... tal vez aprovecharia ella tan feliz vena si al dia siguiente no se hubiese sabido por los cortesanos que tenia que ir á *Marli*. Tuvo que retirarse á su pesar de la sociedad; pero eran las doce de la noche y salia á las siete de la mañana: era la hora oficial, inexorable..... y desgraciado el que hiciese aguardar á Luis XIV.

ATENAIS DE THEONES.

Descansad en paz, Yolanda y vos noble Diana: la herfedera de vuestro nombre bajo Luis XV sostiene su brillo

y su esplendor, y la condesa de Atenais es digna de sus abuelos. Las dos habeis hecho perfectamente los honores del castillo, ella con fácil política que la sale del corazón, tiene para todos una palabra, una espresion, una sonrisa.... vosotras erais hermosas, Atenais es linda: el crespón Pompadour, las moscas (pedacitos de tafetan que se ponian las mugeres en el rostro para hacer resaltar su blancura) el collar de azabache, realzan todavía la frescura de su cutis, y si se pone colorete es por seguir la moda, que su espejo y Florina su camarera la dicen bastante que no lo necesita..... pero para conocerla mejor procedamos á delinear su retrato en su vida privada.

Poco afecta á los placeres campestres, apenas mora algun tiempo en su antiguo castillo de Borges. Visitar las cabañas, dar el pan bendito al señor, coronar las doncellas virtuosas, todo esto es muy fastidioso por cuatro meses largos; así que á las primeras nieblas del otoño vuelve del campo, y como en aquellos tiempos la libertad conyugal habia convenido no incomodarse, deja al conde que á su placer cace, plante, renueve sus arrendamientos, arregle sus cuentas con el mayordomo.... y ella se marcha no á Versalles que la fastidia mortalmente, sino á París que adora, donde la vida de una jóven está tan llena de todas esas alegrías y placeres de nuestros tiempos, sobre todo, cuando se tienen treinta años de edad y cien mil libras de renta. Sus tertulias del lunes comienzan. ¡Cuánto coche! ¡Cuántas sillas de manos! ¡Cuántos lacayos con librea se agolpan en las puertas de su casa! Desde fuera se diria que era un palacio donde hay una gran funcion: penetremos en él por curiosidad.

Tiene la condesa esta noche un poco de jaqueca, lo que da á sus facciones cierta languidez encantadora. Como muger de gusto que recibe, ha evitado todo adorno exagerado; un vestido liso, sencillo, pero elegante, es todo su adorno... apenas está en el salón cuando anuncian la llegada de Mr. de Letoriere, el mas hermoso hombre de la corte; la buena traza del vizconde ha sido realzada aun por su traje: ¡qué cosa mas galante que esos erretes de oro mate, y ese lazo de la espada á la mariscal! Eso es poco, sin embargo, en comparacion de su vestido verde esmeralda. ¡Qué terciopelo, qué corte, que brillante bordado de lentejuela!... Letoriere se adelanta contoneándose, é imitando á Richelieu, su modelo.

—De veras, hermosa señora, que me alegro mucho de veros, porque á pesar de vuestra jaqueca estais maravillosamente hermosa.

Apenas dicha esta frase con el abandono que se sabe, se apodera del perrito de la condesa, le habla, le hace cosquillas, le acaricia, y duraria esta escena largo tiempo si no anunciassen numerosas visitas, precedidas de monsieur de Bernis.

Aun no es el autor de *Las Cuatro partes del dia*, no, todavía no es mas que un jóven gracioso de veinte y cinco años, que lleva con mucho donaire sus tacones rojos y su capita... Sigámosle: en su ardor de agradar no escluye á nadie; á todas las señoras se dirige, á las ancianas y á las bellezas del amor. Allí nuestro hombre se presenta como un conquistador; su mirada y su lenguaje hacen ruborizar á las mugeres. Sin embargo, como no cesan ellas de ha-

cerle gestos, y no pueden pasarse sin él, es preciso que por mucho mal que de él digan y piensen, le admitan.... ¿De dónde viene todo este ruido y confusas voces? Del Macao que acaba de establecerse; y ved aquí repentinamente la metamorfosis que se verifica.

Todas aquellas caritas tan alegres se ponen serias al momento; ya no se rien: se observa, se espía; el amor, la codicia del oro ha reemplazado á todas las demas: hay nada menos que mil luses sobre la mesa, lo que esplica tantas diversas exclamaciones...

En el cuarto inmediato, al contrario, se podia oír volar una mosca: Saint Lambert lee allí el primer coro del poema de las Estaciones, y escucha en un grupo cerrado Buffon, Diderot, Fontanelle, La Harpe: el autor es no solamente una de las ilustraciones del siglo, sino que parece haber sido creada para él la espresion de encanto de los hombres; tanta gracia, tan poderoso atractivo tiene su voz y su modo de decir: agréguese á esto un gusto verdadero, imaginacion vasta, una mirada encantadora; así es que todos cuantos se hallan en la sala, soltaron bien pronto aplausos unánimes, que interrumpió únicamente el anuncio de la cena.

Mañana nuevos placeres, nuevas funciones: Longchamp tiene su concierto espiritual. Es preciso absolutamente que Atenais se deje allí ver, pero es verdad que no será mas que un momento, porque aquella misma noche hay ensayo en casa de Mr. de La Poplimiere, y es una pieza muy de moda *Las falsas confidencias* de Marivaux, que han de representarse por Araminta. Todo el mundo asegura que Mad. de Saint-Val, del Teatro francés, ejecuta maravillosamente este papel. La condesa no ha querido verla: ella lo representará así como lo siente.

He aquí en esos rasgos tomados en el siglo XVIII, cuyo término fué tan triste, variadas totalmente las costumbres antiguas... y esa vida toda adornada de muñecas, de galas, de bordados, que el año 92 debia marcar la última hora. Sonó esa hora, y esa muchedumbre titulada, aristocrática, llena de ilusiones, se eclipsó. Adios los hábitos de la corte, los graciosos vizcondes, los vivarachos caballeros; adios, sobre todo, condesa de Borges, reina de los salones. Tuvo que emigrar con los nobles, con los príncipes de Francia, é ir á buscar la hospitalidad á Coblenz, no pudiendo consolarse nunca de lo que habia perdido. Feliz al menos esta castellana que pudo salvar su vida con la emigracion. ¡Cuántas otras tuvieron con su sangre el cadalso! Pasó la época del Terror, se sentó en el trono imperial Napoleon Bonaparte, vino despues la restauracion de la monarquía de los Borbones, empero los castillos que habian sido saqueados y destruidos por el furor popular, no volvieron á levantarse jamás. Hay hoy, sí, en Francia como en toda la Europa, señores muy preciados de sus títulos y tradiciones aristocráticas, empero ya no van á sus castillos ni ejercen en ellos las funciones que en los siglos de la edad media desempeñaron las hermosas y benéficas castellanas. Estos son tipos que se han perdido, y que solo quedan como un recuerdo en la historia, como un estudio de las pasadas costumbres.

RECUERDOS HISTORICOS.



El cardenal Mazarino y Luis XIV.

BANDERA ENCARNADA.

(1652.)

Otros tiempos; pero las mismas costumbres.

1.

INTELIGITE ET ERUDIMINI.

Antes que levantemos el telón sobre este epílogo de la fronda, comprenderán nuestros lectores, á pesar de que hayamos terminado su representación, al final del *Ramo de Paja*, de que nos hemos ocupado casi todo el

año 1854, en el tomo XII del Museo de las Familias, que van aquellos mismos personajes á terminar su papel en la nueva escena que vamos á abrir ante sus ojos.

Fatigado de la guerra de la tribuna y de las calles el príncipe de Condé, se había arrojado en la guerra de partido y metiéndose por orgullo en una rebelión sin gloria, buscaba con los ojos en el horizonte á los españoles y á los loreneses.

Conti y la duquesa de Longueville, reconciliados y reñidos con la corte, habían concluido por retirarse á Burdeos donde tenían un partido y donde ponían al cardenal en calzas prietas. Mazarino victorioso en París sofocaba en las provincias los restos de la Fronda, prosiguiendo en el extranjero la obra de Richelieu.

Arrojado del parlamento por su elocuencia Broussel, había entrado en un silencio ejemplar, no podía

la palabra sino para gritar viva el rey, juzgando que una silla de consejero bien valia una reforma perdida y desquitándose del derecho de reunion con el sueldo que recibia.

Su encantadora hija la condesa de Amalbi era dama de honor de la corte, y Felipe su digno esposo, coronel de guardias de la reina.

Por último, Devoille-Altomar batido y perdonado por Amalbi, marcado con un hierro ardiendo por el verdugo en la Plaza Real, habia huido hacia la Guyana con la vergüenza y la venganza en el alma, meditando siempre

cion á la verdad que sale aquí á su encuentro, armada de pies á cabeza, como Minerva, con todo cuanto puede instruir, deleitar y llamar la atencion á la vez.

Dejemos, pues, hablar á la historia: escuchémosla y aprovechémonos de ella.

II.

LA BANDA ESPAÑOLA.

En una mañana de noviembre de 1652, en una estancia



El rey salió á su encuentro para recibirle, le hizo entrar en su coche y lo llevó con pompa al Louvre.

en la carcajada de Mad. Longueville, y no teniendo por sudario de sus sueños sino la bandera roja bordada por Teresa Broussel.

Vamos á ver como supo cortar con esta bandera una túnica para su república y un manto para su ambicion.

Los simples hechos de 1652 son de tal novedad, de tal enseñanza, de tal elocuencia para los lectores de 1856 que cometeriamos una falta gravísima en añadir la menor fic-

de la casa de ayuntamiento de Retz, un jóven de ademan altivo, nariz aguileña, cabellos negros tendidos sobre los hombros, vestido de tela de oro, salpicado de barro y roto en los codos, se hallaba tendido, sombrío y pensativo sobre una cama, mientras que un médico le vendaba una ligera herida en la mano derecha.

—¿Se ha concluido? preguntó con un gesto de impaciencia.